

Recordar, compartir, aprender

Santiago de Compostela

Ángeles Cantera Sagarrabay, 76 años.

Enrique Alba García de Dios, 23 años.

NO TIENE PASADO, NI FUTURO. CUENTA YA “TAITANTOS” AÑOS Y LO ÚNICO QUE TIENE ES PRESENTE

He caminado durante horas por grandes senderos, bajo un cielo estrellado, entre altísimos árboles ondeantes que rumorean, me vigilan antiquísimas piedras grisáceas, y escucho un grandioso campaneó. He llegado a un gran árbol hueco. Ella me espera dentro en su saloncito. Sus alas sorprenden por su hermosura.

Siempre me han gustado las mariposas, pero esta es de una belleza increíble que desde el primer momento me deja con la boca abierta. No es el bordado colorido de sus alas, que llevan pintadas espirales violetas y círculos blanquiazules. Ni siquiera su perfecta simetría o su suave voz. Lo que realmente me fascina de ella es aquello que lleva entre sus manos envuelto en hojas de castaño: su presente.

Antes de decirme “Ángeles”, yo le había preguntado su nombre. Irremediablemente quise oír todo aquello que deseara contarme. Yo quiero aprender. Voy por el mundo escuchando historias, aprendiendo de las personas. Ella me enseñó la lección más sabia.

En las paredes de corteza de su hogar colgaba un gran árbol genealógico. En pequeñas fotos podías observar a otras fascinantes mariposas: cuatro hermanos, el marido que ha fallecido, dos hijos, cuatro nietos... Unos paisajes al óleo dibujaban la Navarra natal, la Córdoba que fue testigo del enlace matrimonial y una Galicia de marineros y gaitas. El hogar está impecable, son muchos años de ama de casa. Me sirve té con pastas, un pedazo de tarta de manzana que hizo esta misma mañana. Poco hablamos de su infancia, de cómo conoció a su marido en las tierras del sur, de su historia de amor o de sus sueños de infancia de poder estudiar. Casi no recuerda nada de aquella guerra entre los animales del bosque perenne y los del bosque caduco. Poco tiempo dedica a hablar de su hijo fotógrafo o de su hija. Y aunque está encantada con la nieta que acabó la carrera y con la nueva novia de su nieto, todavía una oruga, son pocas las palabras que utiliza para hablar de tiempos pasados y menos de planes para el futuro. Su conversación no va por donde yo la encauzo, ella es feliz y quiere mostrarme su secreto.

De pronto, el reloj que porta en las alas le avisa. Salimos deprisa del sauce donde vive y peregrinamos hasta una residencia para mayores, una cabaña de troncos y hojas donde conviven ardillas, zorros y urogallos ancianos. Pacífica ella, intenta llevarse bien con todos, así la vida es más sencilla. Está en la puerta del camino y son cuidados por lechuzas enfermeras. Todo su cuerpo se extendió en el aire mientras revoloteaba. La felicidad se percibía en los ojos. Había conocido la cabaña cuando aún vivía su marido y cuando este dejó de batir las alas, decidió ingresar en ella voluntariamente. Nunca una decisión fue más acertada.

A en punto comenzó la clase de teatro, ejercicios de calentamiento, pronunciación, las vocales, expresión corporal, improvisaciones por grupos, ensayos de la obra que estaban preparando... Ella tenía que hacer de la mujer de un koala de Australia y eso le da algo de vergüenza. Pero todos disfrutaban bajo los focos y tras el telón. Mañana continuarán la gira por los bosques vecinos. Sesenta minutos después comenzaron los ensayos del coro. Les dirige un colibrí ruso pero ellos con empeño consiguen no cantar canciones en ese idioma tan complejo. Mañana tendrán la clase de preparación física y de memoria donde manejan números, letras, palabras... y al anochecer harán sus propias joyas con barro. En San Juan, al calor de la hoguera, tuvieron sardinada y pudo invitar a su amiga la golondrina. Pronto llegará el verano y se irán todos a Mallorca o a Benidorm.

Las nuevas tecnologías ya han llegado a la cabaña y por eso a veces se conectan a Internet para conocer

Recordar, compartir, aprender

historias de la llanura africana o los icebergs del polo pero Ángeles me cuenta que ya no ve tan bien como cuando tejía seda colgada desde un lirio persa. Una ráfaga de viento le onduló las antenas, un brillo le hizo chispear en los ojos. La televisión la había elegido hace unos cuantos amaneceres, para un programa que se emite en toda la comarca. Era para encontrar una mariposa macho de su edad. Le pasaron el teléfono de un señor que estaba interesado en sus colores cálidos y en sus colores fríos. Se sonrojó, dudó, pero al final le llamó. Estaba abierta a un segundo amor, volaron juntos por bosques normales que se convirtieron en encantados, lagos negros que se colorearon de rosa... Pero él rozaba el cielo a más velocidad y decidieron ser amigos. De vez en cuando quedan para vivir, vivir y vivir.

Me ha enriquecido tanto la historia de Ángeles que espero que nunca se pierda. Todos buscamos lo mismo. Sobrevivir y ser felices, seamos mariposas, jirafas o pingüinos. Ella no da importancia al pasado, ni a soñar con sueños imposibles para el futuro. Ella disfruta del hoy y del ahora. De su árbol hueco, de su familia, de su teatro, su coro, sus amigos de la cabaña, sus nuevas actividades, una comida entre compañeros, una cena con un amigo especial en el restaurante del camino perdido, un viaje por el desierto, un paseo hasta el estudio fotográfico de su hijo... Y por eso he escrito esta historia en dos folios de colores, y en breve flotará en el mar protegido por una botella de cristal azul, dando vueltas alrededor del mundo. Para que lo lea quien quiera, pero sobre todo para quien además de leerlo, quiera hacerle caso de una vez por todas: el secreto lo supo un día una mariposa, el secreto no está en el pasado, ni en el futuro, está en el presente.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Cuando le pregunto a Ángeles que es lo que merece la pena de la vida, lo tiene clarísimo y no duda nada. Lo que más vale de la vida es la ilusión por las pequeñas cosas que nos van pasando a lo largo de ella. Pequeñas cosas que no te esperas y que van ocurriendo, haciendo que cada día sea un día diferente. Para poner ejemplos utiliza dos hechos muy recientes: el acto de licenciatura de su nieta, cuando comieron todos juntos y su nieto le presentó a su novia... Aunque puedo comprobar que recuerda muchas cosas de su pasado, ella prefiere mencionar acontecimientos de los últimos días. Las clases de teatro, las actuaciones en el pueblo de al lado, el coro, una comida especial... Destaca por vivir la vida desde el hoy, desde el presente. Reconoce que también hay momentos malos, pero que en general no se puede quejar, ha tenido una vida fácil.

Da mucha más importancia, en nuestra conversación, a todas las actividades que realiza en la residencia que en otras cuestiones de su vida. Me confirma de nuevo que para ella es eso lo realmente importante, lo que te va ocurriendo, lo que haces con ilusión... Me siento preocupado por haberle hecho perder una clase de memoria después de ver lo que le gusta asistir a todas, pero me corrige en seguida: "mañana tenemos otra". Cabe destacar que fue ella voluntariamente la que ingresó en la residencia. Nunca se sintió abandonada por sus hijos por el hecho de estar allí. Al revés, se siente muy feliz. Aunque anda un poco despacio, todavía no se le escapa ningún tren. Y eso es lo que merece la pena de la vida: coger el tren que llega cada hora.